

Regalo de cumpleaños



LEOPOLDO ALAS

Te pido, Ochún, que hagas un pequeño milagro.

La Habana está detrás de la cortina

(idéntica, de flores, a la colcha)

que cubre el ventanal

en este hotel absurdo de extranjeros.

Metrópolis de un sueño,

la miro desde el piso dieciocho,

sus edificios altos de un señorío ajado

y enjambres de buscones

apostados en todas las esquinas.

—Ustedes ya no vienen como antes,

se les ve tristes —me decía uno.

—A ustedes también —le he contestado—,

ahora todos lo estamos.

La tristeza del fin,

la estela del amor que se ha perdido:

de todas, la revolución más digna.

Los dólares han sido la carcoma

que devoró la víscera venérea,

el envoltorio que ahogó sus latidos.

Y yo pido a la Caridad del Cobre
que ese incendio solar, del Malecón al cielo,
devuelva la pasión y el amor a la isla
en su ocaso de plata,
porque me siento igual, desamparado
en la fragilidad de un tiempo que se agota,
bloqueado por fuera como por dentro.
Y al frente, en la avenida, Coppelia entre las copas
de los árboles, parece una nave
que olvidó el firmamento
mientras la noche llega, tan mal iluminada,
cuando el deseo estalla con su rostro
obsceno de ansiedad y de comercio.
Te pido, Ochún, que por mi cumpleaños
coloques otra vez cada cosa en su sitio
y que vuelva a brotar el amor por mis ojos
como estas lágrimas brotan ahora,
que apenas los empañan,
pero abundante, sentido, sincero.
Porque no quiero ser el extranjero
que paga con divisas los cuerpos del placer
a las puertas del Yara, vacíos y perfectos.